

des públicas, la ruina de vuestras ciudades, el cautiverio de vuestras mujeres é hijos, la heredad del señor hecha presa de las naciones bárbaras é infieles, ni otras muchas calamidades que no pudieron oír los israelitas al pié del monte Sinai sin aterrarse y sin peligro de morir, si el Señor no hubiera cesado de hablarlos.

Lo que se os anuncia es el abandono de Dios y la impenitencia final, lo inútil y despreciable de los esfuerzos para volverse al Señor en la última hora, la reprobacion consumada en aquel momento fatal, y que una alma que tanto tiempo ha sido infiel á la gracia, será por último llevada cautiva de su pecado: *Queretis me, et in peccato vestro moriemini.*

Esta es la deplorable suerte de tantos fieles que ó desprecian los caminos de salvacion, ó esperan entrar en ellos en la última hora; esta es la suerte de la mayor parte de los pecadores que me oyen, y esta será la vuestra, amados oyentes míos, si dilatais el convertiros al Señor: *Se va, y le buscareis, y morireis en vuestro pecado.*

¡Gran Dios! ¿dónde está vuestra bondad cuando abandonais al pecador en aquella última hora? Sus lágrimas, sus sollozos, su boca que besa temblando la sagrada señal de su eterna salud, sus promesas de penitencia, ¿nada de esto ha de poder mover entonces vuestra piedad? ¿habeis de ser entonces un Dios inexorable para el hombre á quien criásteis? Católicos, no pongamos límites á sus infinitas misericordias. El Señor puede compadecerse, pero vosotros no le movereis á compasion; él mismo avisa que no teneis que esperar: *Yo me voy, y me buscareis, y morireis en vuestro pecado.* A todos os lo dice en general, y á cada uno de vosotros en particular, de cualquiera edad, de cualquiera sexo y de cualquiera clase que seais.

Demasiado terrible es esta materia para buscar otro asunto mas que el que explican las mismas palabras de Jesucristo. Si esperais el convertiros para la hora de la muerte, morireis en vuestro pecado. Esta terrible verdad me lleva toda la atención, y así os la propongo con toda sencillez. Si dilatais, pues, vuestra conversion hasta aquella hora, morireis en vuestro pecado, porque entonces ya no estareis en estado de buscar á Dios y de volveros á su Majestad: *Quo ego vado vos non potestis venire.* Porque aun supuesto que os halláseis en estado de buscarle, y que hiciéseis esfuerzos para volveros á él, éstos serian inútiles, y no podríais hallarle: *Queritis me, et in peccato vestro moriemini.* Primera razon sacada de parte del pecador que en la última hora no se halla ya en estado de buscar á Dios y volverse á su Majestad. Segunda razon sacada de parte de Dios, irritado entonces con el pecador y que no recibirá, no mirará y aun despreciará los esfuerzos que parezca hacer el pecador que está para morir, por buscarle y volverse á él. Esto es, la penitencia en la última hora casi siempre es imposible; la penitencia en la última hora casi siempre es inútil. Necesito de las luces del Espíritu Santo, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Si dilatais vuestra conversion hasta la muerte, morireis en vuestro pecado, porque entonces ya no estareis en estado de buscar á Jesucristo: *Quo ego vado vos non potestis venire.* Primera razon sacada de parte del pecador que está para morir, y no se halla en estado de poder entonces buscar á Jesucristo: es decir, que la penitencia en aquella última hora casi siempre es imposible. No esta-

reis, pues, entonces en estado de buscar á Jesucristo, porque ú os faltará tiempo, ó caso que se os conceda, no os lo permitirá la opresion de vuestros males; ó finalmente, porque aunque vuestros males os lo permitan, vuestras antiguas pasiones opondrán á ello unos obstáculos que entonces no podreis vencer. Escuchad atentamente, católicos, estas importantes verdades.

Dije primeramente que es imprudencia el dilatar el negocio de vuestra conversión para un tiempo que Dios no os ha prometido, y que está continuamente negando á pecadores menos culpables que vosotros. Porque, católicos, ¿quién os ha asegurado de que la muerte vendrá con lentitud y que no caerá repentinamente sobre vosotros como una águila cruel sobre la presa cuando está mas descuidada? ¿quién os ha dicho que el Señor os avisará desde lejos que ha de enviar siempre á su ángel para preservaros, y que una caída repentina, un naufragio impensado, un edificio que caiga sobre vosotros, un golpe casual, un enemigo traidor, un criado infiel y otros muchos accidentes, no cortarán en un instante el hilo de vuestra vida y os precipitarán en el abismo en la flor de vuestros años? ¿quién podrá libertaros de una repentina alteracion de los humores que os haga espirar de repente entre los brazos de vuestro amigo y de vuestros parientes, sin poner mas intervalo de tiempo entre la muerte y una salud robusta, que el último suspiro? ¿Son acaso imposibles estas desgracias? ¿son tan raros estos accidentes? ¿se ha pasado algun año ó algun dia sin que Dios os haya avisado con alguno de estos grandes ejemplares? ¿se han podido librar de estos golpes ni aun las mas elevadas cabezas? ¿cuántas veces os han venido á decir con susto: N. acaba de espirar al levantarse de la mesa, al salir del juego y aun acaso del pecado? Llegó el mi-

nistro de Jesucristo pero no le pudo sacar señal alguna de dolor; ¿qué consternacion entonces! ¿qué reflexiones acerca de vosotros mismos y de la inconstancia de la vida y de todas las cosas humanas! ¿qué resoluciones secretas de tomar en tiempo vuestras medidas para no ser tambien sorprendidos! ¿Aquellos temores eran acaso en vosotros imprudencia ó demasiada timidez? ¿cuántas veces han sucedido en vuestra presencia estos terribles accidentes? Y aun sin salir de vuestra casa, ¿no habeis recibido en ella alguna leccion doméstica? Pues ahora os pregunto: ¿cuáles han podido ser los designios de la misericordia de Dios en proporcionaros unos espectáculos tan terribles? Puede ser que haya querido avisaros que será semejante vuestro fin. ¿Qué sabemos si la misma disposicion de vuestro temperamento os da motivos de temer lo mismo? ¿qué sabemos si teneis ya la muerte dentro de vuestro seno, y si vuestra muerte repentina hará que mañana nos vistamos de luto y dará á los que me escuchan, grandes, aunque inútiles motivos de reflexion sobre el engaño del mundo y de sus esperanzas. ¿Pues cuál es vuestra ceguera, amados oyentes míos, en hacer que dependa vuestra salvacion de una cosa que es en la que menos podeis fiar en el mundo! Si para el feliz éxito de una grande empresa contárais con la prudencia de vuestras medidas, con el socorro de vuestros amigos ó vasallos, con vuestra clase, con vuestras riquezas, con vuestro crédito ó con vuestro poder, podríais confiar en todas estas cosas; pero contais con el tiempo. ¡Ah! ¿quién podrá salir fiador de él? ¿de quién dependen los dias y los años? ¿quién hace que el sol salga y se oculte sobre nuestras cabezas? ¿podeis acaso vosotros mandar á este astro, como aquel capitán del pueblo de Dios, que se detenga y alargue el dia de vuestra vida para daros tiempo de acabar la victoria y

de domar vuestras pasiones? ¿los títulos, el puesto, el poder, ni aun los mismos cetros nos dan acaso derecho sobre uno solo de nuestros instantes? ¿los que mandan en la tierra pueden asegurar para sí mismos el instante siguiente? ¿no es esto en lo que Dios quiere darnos á conocer que es nuestro dueño, que tiene nuestra suerte en sus manos, y que no tenemos excusa para unirnos con tanto apego á un mundo, al que nunca podremos estar unidos mas que el instante presente que ya no existe?

¡Oh Dios mio! vos que sois el que únicamente pone límites á la vida de cada uno de nosotros, vos que desde el principio habeis contado mis dias como mis cabellos, que presidísteis al instante de mi nacimiento, y desde entonces señalásteis en mi frente el de mi muerte; vos solo, Señor, que habeis escrito en el libro eterno los dias de mi destierro y de peregrinación, vos solo estais viendo si yo me hallo aún lejos de mi carrera, ó si toca ya aquel término fatal despues del cual no se halla mas que la muerte y el juicio.

Pero acaso confiais en que son raros estos ejemplos de muertes repentinas, y que estos son unos golpes extraordinarios que no caen mas que sobre un corto número de infelices; pero pudiera deciros que la justicia de Dios los hace muy comunes todos los dias, y que lo que rara vez sucediá en los siglos anteriores, ha llegado á ser un suceso diario en nuestro siglo. Pero quiero concederos que estos terribles accidentes no caen mas que sobre un corto número de infelices; pero además de que puede suceder que seais de este corto número, y que aun cuando no debiera caer esta desgracia mas que sobre uno solo de vuestros ciudadanos, seria imprudencia el no temerla; además de esto os digo, que es mayor el número de los que son asaltados, que casi todos los pecadores mueren al tiempo que creen

estar su muerte mas distante; que el dia del Señor viene siempre como un ladrón, á la hora que menos se piensa: os aseguro que el último instante que acaba nuestros dias, nunca es el último en nuestra imaginación; que cuando os halleis en la cama de vuestro dolor y esté la muerte á la puerta, aun os parecerá que está lejos; retardareis aún el negocio de vuestra salvación y la propuesta que se os hará de llamar al ministro de Jesucristo; os aseguro que aun despues de haberle llamado mirareis su ministerio mas como una ceremonia que se usa con los enfermos, que como una noticia de que se acerca vuestra muerte. No confesareis vuestras culpas como quien va á parecer en el tribunal de Dios para dar cuenta de su alma; dejareis aún en vuestra conciencia mil cosas dudosas cuyo exámen dilatareis para lo último. Os aseguro que aun al tiempo de espirar os estareis prometiendo algunos dias de vida; os aseguro que la mayor parte de las muertes son repentinas, que casi ningun pecador espira creyendo que muere; que á casi todos se les niega el tiempo y se hallan en el tribunal de Dios sin haberse dispuesto para la terrible cuenta: despues de estas reflexiones podeis fiaros en el corto número de los que mueren repentinamente.

Pero demos que se os conceda el tiempo y que los ministros del Señor tengan lugar para ir á deciros, como en otro tiempo un profeta al rey de Judá: *Arreglad vuestra casa, porque habeis de morir.*¹ ¿Os permitirá entonces la confusión en que os hallareis el buscar á Jesucristo? Segunda reflexión. Decidme, ¿qué puede hacer entonces una alma pecadora, consumida de dolores, desfallecida con el peso y con la multitud de sus males, y que apenas tiene la vida

¹ Isai. 38. v. 1.

suficiente para animar su cadáver? ¿Os parece que con un entendimiento que ya se ofusca, con una lengua que se traba y entorpece, con una memoria que se confunde, con un corazón que se deshace, os parece que en este estado puede un pecador registrar los abismos de su conciencia? ¿quereis que pueda conocer con claridad sus sacrilegios, sus escándalos, sus venganzas, sus restituciones, aquel abismo de impurezas en que siempre ha vivido, aquellos estorbos acerca de los cuales nunca se ha explicado bien, y en una palabra, que entre en unos cuidados y en unas menudencias para las que apenas bastarian el espíritu mas sereno y la mas entera razon? ¿quereis que esta alma, ya inmóvil y atada con las cadenas de la muerte, conozca el horror de sus pasadas iniquidades? ¿que piense seriamente en implorar las misericordias de su Dios cuando las ideas de aquella última hora no parecen mas que sueños, y los pensamientos son como los de un hombre dormido?

¡Gran Dios! vos que desde lo alto de vuestra justicia estais entonces mas atento que nunca á los secretos movimientos de aquella alma desgraciada, ¿qué es lo que pasa en aquellos últimos instantes entre ella y vos? ¿qué es lo que en ella descubris que pueda reparar una vida entera de culpas, y aplacar vuestra indignacion? ¿Se vuelve entonces á su Criador? ¿adora en secreto al autor de sus beneficios y al vengador de sus ingratitudes? ¿se humilla bajo la mano que está levantada para herirla? ¿se mira como una víctima destinada á los tormentos eternos si la juzgais segun vuestra justicia? ¿os dirige desde el abismo de su dolor los clamores de un sincero arrepentimiento? ¿forma siquiera un deseo que merezca vuestra atencion? ¿en vez de aplacaros, se halla ni aun en estado de conoceros? ¡Y qué otra cosa veis, ¡oh gran Dios! en las funestas inquietudes que mani-

fiesta, sino los últimos esfuerzos de un alma que se defiende contra la muerte, y de una máquina que se deshace!

Responded por mí vosotros, católicos, á quienes la mano del Señor ha llevado algunas veces hasta las puertas del sepulcro, y librado despues de ellas; cuando os hallábais prostrados en la cama del dolor y luchábais entre la vida y la muerte, ¿os ocupábais entonces en los cuidados de vuestra eternidad? ¿en dónde estábais entonces? ¿qué uso haciais de vuestra razon? ¿formábais en vuestro interior mas que alguna sconfusas y mal coordinadas ideas, en las que tenian mas parte vuestros males que vuestra salvacion? ¿qué os parecieron los últimos remedios que aplica la Iglesia á los moribundos? Unos sueños de los que ni aun memoria os ha quedado: ¿si aquella enfermedad hubiera puesto fin á vuestros dias, os hubiérais hallado dispuestos para parecer delante de Jesucristo? ¿qué alma hubiérais presentado á los piés del tremendo tribunal? ¿No os habeis dicho á vosotros mismos despues que recobrasteis la salud, que es locura esperar la última hora, que entonces no somos capaces de nada, que es preciso ordenar la conciencia mientras gozamos salud? Esto os habeis dicho, ¿pero lo habeis hecho así? ¿os dejareis engañar otra vez? ¿es posible que el único fruto que sacais del beneficio que alargó vuestros dias, solo hayan de ser las culpas de una vida mas dilatada?

Pero lo que en este punto nos mueve mas á adorar los juicios de Dios para con los pecadores que dilatan su conversion para la muerte, es el que si su misericordia deja entonces algunos instantes libres al moribundo, emplea unos momentos tan preciosos y tan decisivos para su eternidad en disponer de su sucesion y en arreglar la casa terrena; los parientes, los hijos codiciosos esperan al rededor de la cama el momento en que se despeje la razon del enfermo;